

FESTIVAL EN SAN SEBASTIAN





La opinión general es que este XII Festival de Cine de San Sebastián ha sido el mejor de los celebrados hasta la fecha. Incluso en el aspecto espectacular y frívolo se ha conseguido un nivel más que decoroso. Abundancia de estrellas, entre las que no faltaron las españolas, como Luz Márquez y Laura Valenzuela. También la «starlet» Ingele Brander.



La opinión general es ésta: el XII Festival de San Sebastián ha sido mejor que los anteriores. Incluso hay quien piensa que, tras unos años de esperanza y otros tantos de agonía, el Festival ha encontrado al fin su camino, su pulso. No por la calidad de las películas exhibidas —en esto los Festivales no pueden hacer otra cosa que reflejar una situación cinematográfica general—, sino porque, en alguna medida, se ha roto el **SIGUE**





PROMEX 708



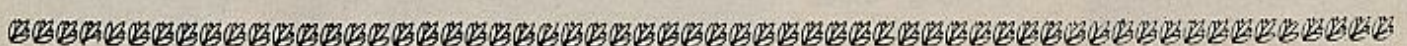
Es natural!

Señora, sus hijos necesitan una alimentación sana, nutritiva y... natural. Su mayor satisfacción, será ofrecerles, con AVECREM, un primer plato sabroso, elaborado totalmente con productos naturales cuidadosamente seleccionados y con la garantía de GALLINA BLANCA, "La cocina de España"
Mejor sabor, más calidad, porque... ¡Es natural!



AVECREM

GALLINA BLANCA



SAN SEBASTIAN

monolito paternalista de otros años. Dicho en otras palabras: los esquemas de partida han sido más ricos.

Y como sucede siempre, al tratar al público en persona mayor, todo el mundo se ha esforzado en serlo, en situarse a la altura del nivel propuesto. Un fenómeno tan complejo y delicado como el de la participación soviética ha sido recibido con inteligente madurez. Se aplaudió el «Quijote» y se pateó «Dos domingos», tal y como debía ser. Y a las sesiones suplementarias del Rex —«Cuando vuelan las cigüeñas», «Alexander Newsky», «La balada del soldado»...— acudió un público sorprendentemente limpio de todo prejuicio deformador. Y otro tanto cabría decir, por ejemplo, de las películas italianas, juzgadas esta vez con ecuanimidad y, hace apenas dos años, bochornoso pretexto para atacar de un modo general al país productor.

En San Sebastián, con cuatro o cinco películas diarias que ver, uno ha sentido parte de ese «relax» que siempre nos faltó en los Festivales Internacionales. He querido empezar por decir esto. Por dejar constancia de este pequeño paso adelante, y, con él, de la posibilidad de que nuestro Festival cinematográfico se salve.

La Dirección General de Cinematografía y Teatro —a través de Carlos Fernández Cuenca, afortunado debutante en la Dirección del Festival— y, en su base, los criterios políticos de tipo más amplio, habrán de ratificar en el futuro este éxito del sentido común y de la cultura.

estrellas

El número de «estrellas» ha sido creciente. San Sebastián ha contado con nombres que nunca tuvo en el Festival —Cherkassow, Audrey Hepburn, Deborah Kerr, «Cantinflas», Mel Ferrer, Rossanna Schiaffino, Françoise Dorleac...—, situados en primeros puestos dentro de la profesión, además de una amplia representación de actores y actrices del cine español y argentino: Graciella Borges, María José Alfonso, Paula Martel, Mercedes Alonso, Nuria Torray, Luz Márquez, Juanjo Menéndez, Pepe Suárez, Angel del Pozo, Montserrat Julió y otras muchas caras conocidas que cruzan el pasillo de admiradores que va del hotel Cristina al cine Victoria Eugenia.

Muchos fueron sólo para presentar su película. Otros se quedaron varios días. En las últimas jornadas, la asistencia de «estrellas invitadas» se multiplicó hasta el punto de crear graves problemas de acomodación en el Victoria Eugenia.

Es curioso e interesante ver cómo se desenvuelven sobre la escena, en esos minutos de peligrosa presentación, gobernados esta vez por Mario Cabré —un presentador simpático, con buen sentido de la brevedad, pero demasiado «ingenuo» para un Festival de este tipo—, los grandes divos. Manejando dos o tres palabras en castellano, sosteniendo la sonrisa, «interpretando» espléndidamente el papel, una Audrey Hepburn o una Deborah Kerr hallaban la forma de que

SIGUE

Audrey Hepburn recibió de manos de Carlos Fernández Cuenca, director del Festival, el premio que le correspondió el año 1959 y que no había podido recoger hasta el certamen de este año.



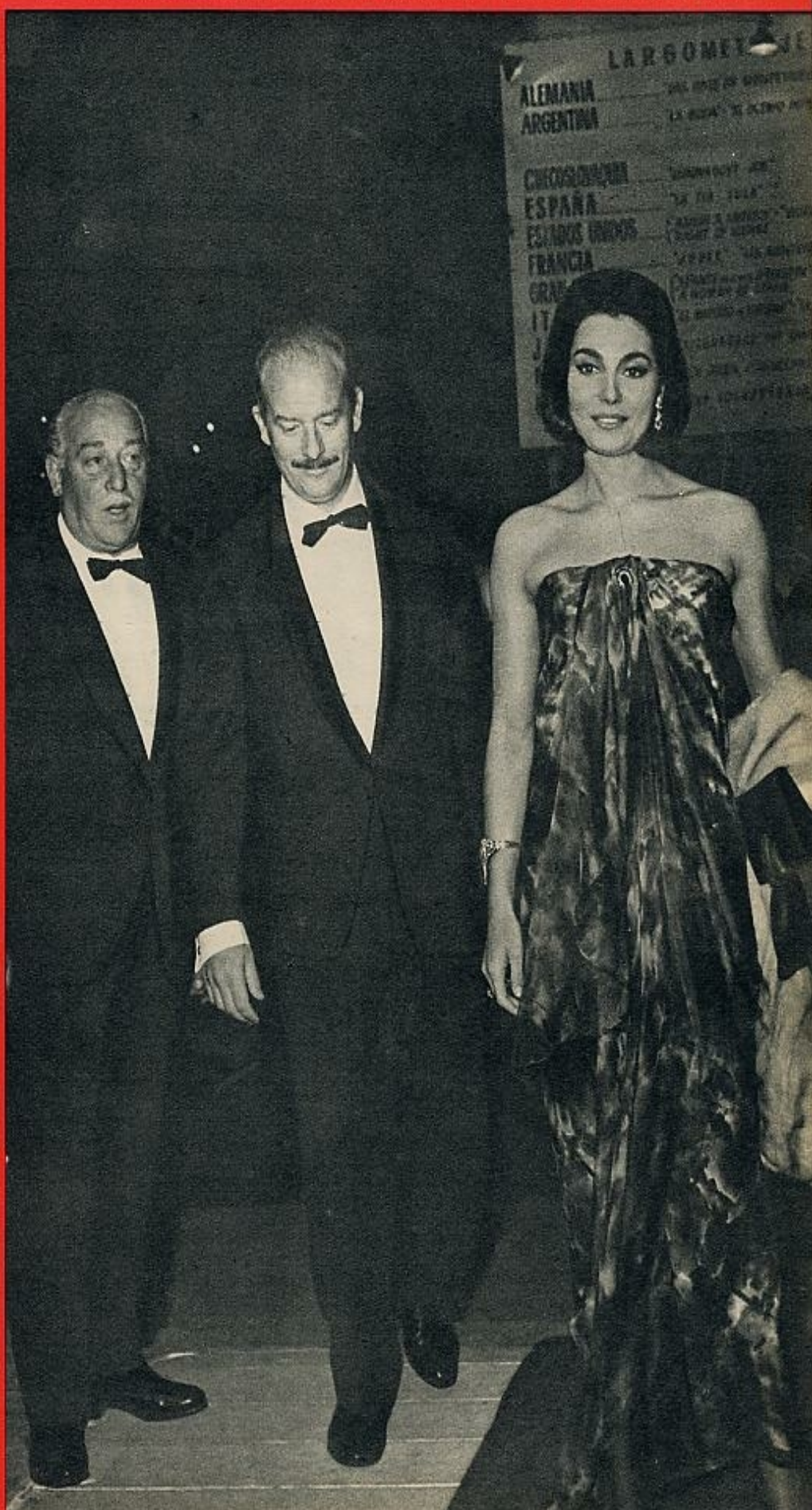


Este año ha habido presencia de verdaderas estrellas de rango internacional en el Festival. Deborah Kerr o Françoise Dorleac —la hermana de Catherine Deneuve— representan valores seguros y firmes en sus respectivas cinematografías. También la asistencia de estrellas españolas ha sido en esta ocasión más numerosa que otros años. Elisa Montés destacó dentro de la representación nacional.



SAN SEBASTIAN

Proyección de «La corrupción», de Mauro Bolognini. A la puerta del Victoria Eugenia llega su protagonista, Rossanna Schiaffino, acompañada de su marido y productor del film, Alfredo Bini, y del señor Piergili.



el público se embobase mirándolas. Las francesas —Francine Berger, Christine Minazzoli, Françoise Dorleac...— ofrecían un trabajo más «intelectual», e igualmente eficaz. Guapas, muy bien vestidas y bien peinadas, citaban «Le malentendu», de Camus, o los films de Truffaut. Jugaban a la femineidad —y el verbo hay que utilizarlo en el sentido francés, es decir, en su sentido más serio— y la cultura, al decir de tantos, dos caras de difícil conciliación. Rossanna Schiaffino, la italiana, daba la vertiente de la «señora estu-penda», morena, exuberante y recién casada con su productor. «Cantinflas», el mejicano, se mostraba asombrosamente listo para dar su poquito de sensiblería, los clásicos circunloquios de los parlamentos de su personaje, y su sentido cómico. Cherkassow, el ruso —el actor número 1 entre los «monstruos sagrados»—, combinaba sus elogios a Cervantes con su espléndida capacidad mímica para expresarse, heredada, según parece, de los grandes clowns de su patria.

SIGUE

SAN SEBASTIAN

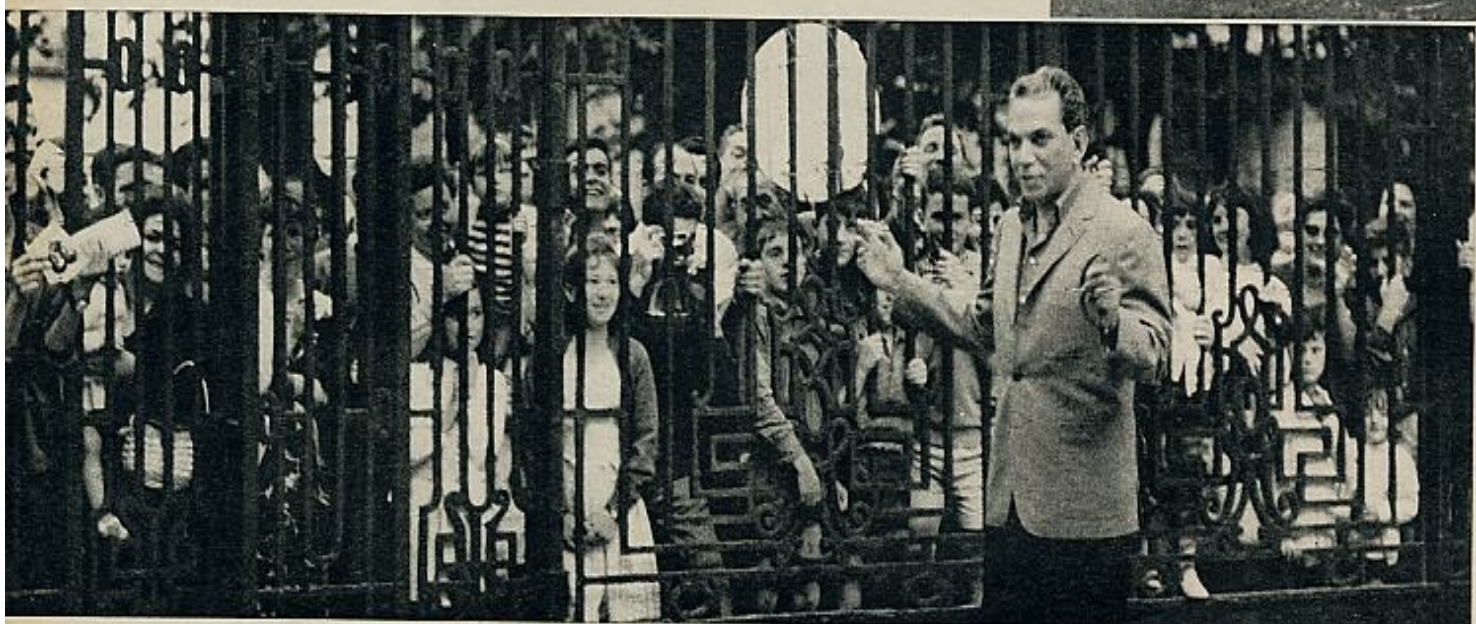
Para los actores españoles e hispanoamericanos que había en la sala pienso yo que la actuación prologal de los «divos» invitados ha debido ser una excelente lección profesional. Frente a esa tendencia que aquí tenemos a «contar nuestra vida» apenas nos dejen, la minuciosidad con que preparaban su intervención los actores extranjeros —los más

importantes— y el talento para mostrarse brillantes y breves, reservados y abiertos, era una pequeña «obra maestra» en la materia.

Quizá todo esto parezca ingenuo. Lo es, en cierta medida. Pero la verdad es que, contra toda tradición, en San Sebastián valía la pena llegar un poco antes para ver cómo sa-



El Festival de San Sebastián comenzó con la proyección de «Becket», de Peter Glenville, con Peter O'Toole y Richard Burton en los personajes centrales. Tras la proyección se celebró una cena de gala, presidida por el señor Elósegui, alcalde de la ciudad, junto a los señores de Michaud y señores de Zabala.



El actor más popular de cuantos acudieron a San Sebastián fue, sin duda, Mario Moreno, acosado y aplaudido por el público apenas cruzaba las verjas del hotel.



Grupo español frente al María Cristina. Mercedes Alonso, el hispano-portugués Antonio Vilar, Nuria Torray, Pepe Suárez y Luchy Prado, figuraron entre la representación de actores que, con o sin película, acudieron a San Sebastián. Pepe Suárez, la noche de la clausura, agradecería la cordialidad con que fueron acogidos.

lían del paso de las presentaciones los «grandes» invitados.

La entrega de los premios, en un clima de aplausos y protestas, fue la culminación «ambiental» de un Festival, iniciado de un modo tranquilo y en el que no hubo sensacionalismos desligados de las películas y la categoría de sus intérpretes.

el año kazan

El fracaso del cine norteamericano en los Festivales es una cosa ya tradicional. Su escaso «cine de autor», la convencionalidad temática y los criterios mercantiles de selec-

ción, son las razones que lo explican. En San Sebastián, rompiendo la tónica, el cine americano se apuntó en éxito. En realidad, jugó una de sus cartas más fuertes: la de Ella Kazan, con película en concurso y un ciclo retrospectivo. Sólo faltó —y, al parecer, se contaba con su viaje— que Kazan estuviera aquí, que hubiese subido personalmente al escenario del Victoria Eugenia para recoger la Concha de Oro concedida a «América, América», la película más personal y arriesgada de su extensa filmografía.

En la Retrospectiva se proyectaron cinco películas de Kazan: «Mar de hierba», «Pánico en las calles», «Un tranvía llamado deseo», «Baby Doll» y «Un rostro en la multi-

tud», que acreditaron ampliamente el Instinto cinematográfico de su realizador. Fue interesante, en este orden, poder comparar los tratamientos cinematográficos que ha hecho Kazan de las obras de Williams con el de John Huston de «La noche de la Iguana», como es sabido uno de los últimos dramas del mismo autor. Lo que en Huston resultaba literario, estático, sermoneante, en Kazan adquiría una violencia y una profundización por la imagen, que hacían del mundo de Williams una materia primordialmente cinematográfica.

Cinándonos a «América, América», Concha de Oro de este Festival, habrá que ver en ella la película más «personal» de **SIGUE**



Dos «superfamosas» en el Festival de San Sebastián: Audrey Hepburn y Deborah Kerr. La primera llegó, acompañada de su marido Mel Ferrer, para recoger el Premio que ganó, años atrás, por su interpretación de «Historia de una monja». Deborah Kerr presentarla, con inteligencia y un poquito de español, «La noche de la Iguana».

todas las de Kazan. Si, como es lógico, todas sus realizaciones acusan la proyección de su personalidad, de «América, América» podría decirse que está hecha a partir del propio Kazan. La proyección del realizador se da esta vez sobre sí mismo, sobre sus recuerdos, sobre relatos familiares, sobre las raíces de su peculiar sensibilidad. Kazan, de origen armenio, investiga sobre las motivaciones de la emigración a los Estados Unidos. No se trata de contar la historia precisa de aquel familiar a quien debe el ser hoy un ciudadano norteamericano. La pretensión de Kazan parece andar más cerca de lo épico, de las necesidades y problemas de su colectividad de origen. Esta pretensión domina hasta tal punto que, a mi entender, las deficiencias del interesante film —desde el punto de vista de su unidad narrativa— están en la atención particular que concede al protagonista durante media hora de película.

Espéndidamente ambientada, llena de observaciones, con una infinidad de tipos convincentes, desarrollada con la brillantez característica de Kazan, muy bien interpretada —salvo, acaso, en el papel del muchacho protagonista—, «América, América» ganó, según todas las previsiones, su premio.

A la película, de 168 minutos en la versión íntegra proyectada en San Sebastián, van a quitarle más de media hora con vistas a su distribución comercial. Si, de un lado, es

una mutilación penosa por alterar la realidad artística, la visión de Kazan, de otra parte es muy probable que los cortes corrijan esa avalancha anecdótica a que antes me refería y que quizá proceda de la condición nostálgicamente «autobiográfica» del film. Una menor atención al protagonista debe mejorar la unidad de «América, América».

En cuanto a los riesgos del «Canto a América», incondicionado y romántico, justo es decir que Kazan ha sabido sortearlos en parte. El canto está allí, pero inserto en el mundo de los emigrantes. Lo que cuenta no es América, sino lo que alcanza a significar en unas colectividades orientales, divididas en minorías raciales y sometidas a regímenes de miseria. Acaso sea curioso que, ni una sola vez, la nostalgia de Kazan le haga formularse la cuestión de si no será mejor quedarse que emigrar, mejorar nuestra colectividad antes que abandonarla. En «América, América» hay miserias que parecen irremediables.

El segundo título norteamericano fue «La noche de la Iguana», a la que ya me he referido. Era uno de los títulos esperados con más interés y acogido luego con más frialdad. Huston no «puede» con el texto de Williams, conservado en exceso, maniatando al realizador y a los intérpretes. Aparte de que, a estas alturas, las ideas de Williams, a fuerza de repetirse, han creado un esquema simplista en el que todo nos es familiar y rei-

terado. Ava Gardner, bastante incomprensiblemente —no estaba mal, desde luego—, se llevó el Premio de Interpretación femenina, para cuya obtención debió ayudarle la posibilidad, fallida y resuelta con un par de telegramas, de que viniese a San Sebastián a recogerlo.

“la tía tula”

Yo creo que el film de Picazo debió llevarse la Concha de Plata, y que sus actores debieron copar los Premios de Interpretación en la Sección Hispanoamericana. Se trata, en suma, de una película importante dentro de nuestro contexto cinematográfico. Incluso, muy importante, aunque quepa formular una serie de objeciones, nacidas, en algún caso, del propio Picazo; en otros, de las alteraciones involuntarias que la copia exhibida ha tenido que sufrir. Esto último ha sido, quizá, la única nota realmente negativa en un Festival lleno de sorpresas agradables.

Picazo ha realizado una de las primeras películas «narrativas» del cine español. La acción no está sometida a la línea de situaciones que caracteriza al cine de estructura dramática. La realidad es mostrada a través de una serie de relaciones, que van marcando los condicionamientos de las conductas. Luego las decisiones, lo que los personajes hacen, es una

simple consecuencia, algo que queda preestablecido por la gravitación de una serie de fuerzas sociales, por unas presiones del medio. A Picazo —como en su día a Unamuno, y sin entrar en las diferencias entre uno y otro— le interesaba justamente recoger esta gravitación, para desentrañar, a través de ella, las deformaciones e irracionalismos de unas conductas más o menos arquetípicas de cierta parte de la sociedad española. En esta «tipicidad» está el valor polémico de la película y una parte considerable de su importancia. En esta «tipicidad» —la vieja y tradicional relación, materializada en una larga serie de temas que van desde el «Don Juan» a «Diálogos de la herejía», entre Sexo y Religión— está también su fragilidad, su limitación. Sólo un tratamiento que establezca esta «tipicidad» —y, al parecer, sólo Buñuel ha sabido hacerlo en nuestro cine— podría sacar a la película de cualquier ambigüedad. Pero, ¿cómo hacerlo? Una gran parte de las reservas formuladas en la conferencia de prensa eran contestadas por Picazo citando planos desaparecidos. Esto es lo malo de «La tía Tula» —como pasó con la versión exhibida de «El verdugo»: que se nos queda en clave, para que unos pocos la entiendan total y cabalmente.

La película posee una magnífica unidad estilística. El romanticismo está frenado por un tratamiento distanciado, vagamente sainetesco, de los personajes. La banda sonora es rica, encargada de recoger los sonidos y ruidos de esa ciudad provinciana que Picazo no enseña, como si quisiera crearla en la interioridad de los personajes. El guión es mejor en la segunda mitad, quizá porque el diálogo pierde el tono arcaizante del comienzo, o quizá porque entonces está ya creado cinematográficamente el mundo de la tía Tula y encajan las reacciones y las palabras en el todo. La interpretación es excelente: Carlos Estrada; Aurora Bautista, Laly Soldevilla, José María Prada, Irene Gutiérrez Caba, y un amplio reparto realizan, en conjunto, uno de los trabajos más concienzudos y serios que hayamos visto en el cine español.



Ovación grande para Miguel Picazo, galardonado con el Premio de Dirección de la Sección Internacional. Un premio que rarisimamente se ha concedido a un profesional español, que pone a Miguel Picazo, director de «La tía Tula», con sólo una película, en la corta lista de los grandes realizadores nacionales.

el descenso italiano

Ni una sola película italiana en el Palmare. Tampoco la tuvieron en Cannes. Y aún allí, «Seducida y abandonada», de Germi, contó entre los candidatos. Pero en San Sebastián nadie se tomó muy en serio «La corrupción», de Bolognini, o «El maestro de Vigevano», de Petri. ¿Qué pasa en el cine italiano? ¿Cómo explicar esta súbita penuria temática? «Seducida y abandonada» era una repetición parcial de «Divorcio a la italiana»; «La corrupción» es una penosa esquematización cate-

quística del tema de la vocación religiosa, que nada tiene que ver con la complejidad de «Senilitá» o el vigor de «La viaccia» y «El bello Antonio», otras películas de Bolognini; «El maestro de Vigevano» es un sainete para Alberto Sordi, desmedulado y sentimental. Las distancias entre este cine bien hecho —en el caso de «La corrupción», incluso muy bien hecho—, temáticamente tímido, impersonal, y el que definían, muy poco tiempo atrás, «El gatopardo», «Las manos sobre la ciudad», «Fellini 8 1/2», «El eclipse» y «Crónica familiar», son considerables.

Claro está que éste debe ser un pa- **SIGUE**

Ha terminado la lectura del acta y la entrega de premios. Ha pasado la tormenta de aplausos y pateos. Sobre la escena se alinean los actores españoles invitados y los que han recibido los premios. Tras unas palabras de Fernández Cuenca, el señor García Escudero se felicita por el éxito y declara clausurado el Festival.





rón circunstancial, porque el cine italiano sigue contando con los mejores realizadores del mundo y, sin duda, las próximas películas de Visconti, Rosi, Fellini, Antonioni y Zurlini —y quizá de Risi— armarán un escándalo y se llevarán premios en los Festivales. Pero lo cierto es que estos directores guardan silencio. Y Petri, a pesar de librarse en «El maestro de Vigevano» de parte de aquel trascendentalismo que lastraba a «El asesino», junto al Bolognini de «La corrupción» —un guión encuadrado en las torpezas sentimentales del peor «cine religioso», defendido por Bolognini con un talento tan evidente como estéril—, forman un tándem notoriamente inferior.

los paseos de salavin

El cine francés prestó un interesante concurso al XII Festival de San Sebastián. Tres películas en la Informativa de incuestionable significación: «La peau douce», de Truffaut; «Muriel», de Resnais, y «El hombre de Río», de De Broca, en especial las dos primeras. De «La peau douce» y «Muriel» hemos hablado ya en TRIUNFO con motivo de su programación en pasados Festivales. De «El hombre de Río» hay que decir que es una especie de «Cartouche», «Fanfán la Tulipe», en época moderna, con Jean Paul Belmondo protagonizando las desafortunadas peripecias. El héroe tiene algo que ver con Eddie Constantine, y no deja de encajar en el tipo que Belmondo —«Cartouche», «100.000 dólares al sol», «Le

El Festival de este año fue el Festival Kazan. Un ciclo retrospectivo, con varias de sus mejores películas y la conquista de la Concha de Oro con su «América, América» —en la foto vemos al director junto al actor Stathis Giallelis, durante el rodaje de esta película— lo atestiguan. La primera participación de la U. R. S. S. fue otro dato importante. «Dos domingos», película a concurso, obtendría un fracaso, compensado por el éxito de «Don Quijote», presentado en la Informativa.





Perla del Cantábrico: «La tía Tula», de Miguel Picazo, según la novela de Miguel de Unamuno, con Aurora Bautista y Carlos Estrada al frente de un reparto muy bien dirigido. El triunfo de Picazo reafirma el nacimiento de una nueva generación española de realizadores. En cambio, el espléndido cine italiano estuvo representado por dos películas segundonas, «La corrupción», un mal gulón bien dirigido por Bolognini, y este «El maestro de Vigevano», de Petri, «a la medida» de Sordi.

doulos»— levantó con su antigua experiencia de boxeador y su innegable talento de actor.

En concurso presentó Francia dos películas: «Judex», de Franju, y «Las aventuras de Salavin», de Pierre Granier-Deferre. Las dos pertenecen a ese cine sicopatológico, individualista e inteligente, que arranca de Godard-Truffaut, como arquetipos. Los pasos de Belmondo en «A bout de souffle», personaje asocial y rebelde, han acabado en la misoginia de «La vie à l'envers» —el cultivo del yoga, como filosofía definitiva— o en la de este Salavin, un tímido histérico. Son enfermos que dan por París las vueltas alrededor de su cerebro. La ciudad, yerta, inasible, es como los jardines y pasillos de Marlenbad. El personaje deambula, sin ver, de un lugar a otro, en un monólogo enfermo y muy literario. Granier-Deferre incluso hace la confesión de sus preferencias siguiendo el método que utilizó Godard en «Vivre sa vie»: el personaje se detiene largo rato en la puerta del cine donde proyectan, precisamente, «Vivre sa vie», película en la que Godard insertaba un fragmento de la «Juana de Arco», de Dreyer, aprovechando el hecho de que su protagonista iba al cine.

En el caso de «Judex» cito a Truffaut por su declarada admiración a ciertas etapas del cine de anteguerra. No admiración a secas, que esto es lógico, sino afán de imitación, de repetir una serie de principios de realización: «Jules et Jim», era, en gran parte, un testimonio explícito de esta admiración.

«Judex», recreación irónica de la película de Louis Feuillade, folletón popularísimo del cine mudo, es el «no-va-más» de esta admiración —erudita, culta, romántica y peligrosísima— por el cine de otra época. Lo malo es que esta admiración, que tiene su sentido en el canáculo de la cinemateca, resulta estúpida cuando se nos propone como en el «Judex» de Franju, una recreación tan sutil, tan sutil, que, con frecuencia, se pierde la perspectiva del intermediario y nos encontramos con un folletón a secas, fuera de nuestro contexto cultural —incluido el nostálgico—, increíblemente estúpido para su corrección formal.

La verdad es que dentro del terrible narcisismo, del vivir con la cabeza debajo del ala, del cine francés, sólo «La peau douce» de Truffaut —excluido su equivocado y tonto



Checoslovaquia presentó dos películas vagamente críticas, pero de pretensión imaginativa y poética. A concurso llevó «Joe Kopaloka», caricatura del western y de los esquematismos en que se apoya.

(Pasa a la página 64)

SAN SEBASTIAN

(Viene de la página 57)

cuarto de hora final— tenía, entre los cinco films exhibidos en San Sebastián, los pies en el suelo.

"Tiburoneros"

La sección hispanoamericana acusó una evidente anomalía. Se dijo primero que «Tiburoneros» no participaba, por razones reglamentarias, en el Concurso. Luego, se dijo que sí, en una nota entregada a la prensa. En el acta, apareció, mencionada y sin premio, destacando algunas características sobresalientes del film. Todo esto creó una confusión registrada en el hecho de ser el único título del Palmarés acogido sin aplausos ni protestas. No sabíamos a qué atenernos. ¿Qué se aplaudía, la mención, o sea la película, o la decisión del Jurado de no premiarla? Todos optamos, instintivamente, por el silencio.

El punto tiene interés porque «Tiburoneros» ha sido una de las mejores películas del Festival. Podría haber sido —a pesar de algunos errores, y muy especialmente en la interpretación de los protagonistas— incluso la Concha de Oro con notables merecimientos. Es una historia de Luis Alcoriza, que cuenta la vida de un pequeño puerto de tiburoneros. El protagonista acabará —en un gesto lleno de literatura anarquista— por renunciar a su familia legítima —que vive en Méjico D. F. y a la que envía sus ganancias— y vivirá dentro de la simplicidad vital de su condición de tiburonero. Un vigor muy buñuelesco —Alcoriza ha trabajado para Buñuel—, una sencillez deliberada y rica en la realización, y un afán de encuadrar la anécdota en el marco popular mejicano, dan a la película un nivel de sinceridad y horradad bastante inusitados en el cine hispanoamericano.

Los casos de «La boda», mal guión, mala —¿podría hacerse otra cosa?— Interpretación y tosquísima dirección, y «El octavo infierno», ídem de ídem, son un buen ejemplo. Sin embargo, Incomprendiblemente, «La boda» se llevó dos premios —Lucas Demare, dirección, y Pepe Suárez, interpretación— y «El octavo infierno», otro —Rosita Quintana, interpretación—. Son premios que no honran a nadie y que, a la corta, son contraproducentes para el Festival y para los galardonados. El pateo del público fue la primera reacción que han suscitado.

películas soviéticas

En concurso vimos «Dos domingos», de Vladimir Chredel, película ingenua y torpe sobre la bondad de los moscovitas. El film pertenece a la misma corriente que inspiró «Romance en Moscú», presentada en Cannes, y de la que les hablé en la crónica de dicho Festival. Supongo que con este cine, Rusia quiere afrontar en Occidente una propaganda que los presenta como monstruos sistemáticos. Es explicable, pero torpe. Primero: porque el optimismo es tan radical, tan absoluto, que resulta inoperante. Es un optimismo demasiado monótono. Segundo: porque la

posible eficacia de este cine de desintoxicación es totalmente marginal a un Festival, donde el nivel de mitificación es siempre menor y donde es necesario comparecer con un cine adulto.

Con independencia de esta película, en las secciones informativas, vimos una serie de importantes títulos: «La sangre propia», versión cinematográfica del tema de la superioridad de los vínculos de sacrificio sobre los vínculos de sangre, ilustrado ya por Brecht en «El círculo de tiza». Los hijos preferirán el padre adoptivo, a quien deben su formación, al padre legítimo. «La bella durmiente del bosque», versión teatral, pedagógica, sin ninguna complicación, del ballet de Tchaikovsky según la coreografía de Petipa. «Don Quijote», de la que hablé en mi crónica anterior, y, sin duda, uno de los títulos mejor acogidos en San Sebastián. «Alexander News-ky», un film lleno de oportunidad política en los años anteriores a la última guerra mundial. «Romance en Moscú», ya comentada, y «Cuando vuelen las cigüeñas» y «La balada del soldado», dos películas importantes —en especial la segunda— dentro del cine de guerra.

Un comentario mínimamente preciso exigiría mucho más espacio del disponible. Creo que «Don Quijote», con su sabor de cine pedagógico, «La balada del soldado» —reconstrucción lírica del «último permiso» de un muchacho muerto en el frente—, «Cuando vuelen las cigüeñas» y el «Alexander News-ky», de Einsestein, constituyeron la parte fuerte de un conjunto cinematográfico que apareció sensiblemente más débil en sus últimas producciones.

viejas amistades

El Festival ha celebrado varios homenajes, a los que quiero sucintamente referirme. Estuvieron dedicados a Elia Kazan, Feuillade, Lumière, Leon Gaumont y Max Linder. Parte de este material era conocido, parte completamente inédito en España. Creo que cumplió una función historicista que no debe dejar de lado ningún Festival importante.

ni son todos los que están...

Entre los títulos no mencionados, sin duda los más interesantes fueron los checos, a uno de los cuales se le adjudicaría la Concha de Plata. «Joe Kolaloka», de Oldrich Lipsky, que fue la película premiada, es, además de una caricatura de los «westerns», una caricatura del esquema idealista —buenos y malos, whisky y Coca-Cola, rubias y pecadoras, etcétera— que los sustentan. El film, lleno de «gags», de soluciones «antiheroicas» o haciendo la parodia del «super heroísmo», es, sin embargo, un tanto ingenuo, por quedarse —como ocurre en todas las parodias— en la caricatura formalista, en el chiste. «La tía Tula» o «Tiburoneros» eran claramente superiores y merecían esa Concha de Plata, que corresponde a la segunda película en concurso.

«Cuando llegue el gato», la otra película checa, proyectada en la Informativa, fue señalada en su día por la crítica Internacional como un esfuerzo por escapar a los esquemas

naturalistas y severos de la mayor parte del cine checo. Vista dentro de ese contexto, quizá la película acuse significaciones que es difícil apuntar juzgada al lado de «Joe Kolaloka», otro film fundamentalmente imaginativo.

Mala, como de costumbre, la participación alemana, esta vez con un «La casa de Montevideo», de Helmut Kautner, convencional, facilón y antipático. Los Ingleses, aparte de «Tom Jones», de Tony Richardson, que fue proyectada fuera de concurso en la sesión de clausura, llevaron a San Sebastián «Al filo del abismo», de Bryan Forbes y «La mujer de paja», de Basil Dearden, dos films convencionales, con «truco» y bien realizados. Richard Attenborough compartió, por su trabajo en «Al filo del abismo», el Premio de Interpretación masculina. Kim Stanley, compañera de reparto en este film, pudo y debió llevarse el de Interpretación femenina.

Decepcionante la participación polaca con «Sus problemas cotidianos», de Scibor-Rylski, escritor que debutaba como director. A medias entre el realismo y el vodevil, fue curioso que los polacos dieran la versión rosa del adulterio el mismo día que Truffaut resolvía a escopetazos un adulterio francés. La película no tiene absolutamente nada que ver con el cine que hacen —o han hecho— los grandes directores polacos.

Finalmente, Japón presentó una larga crítica del capitalismo, demasiado anecdótica, y confundida a veces con un bucolismo virgiliano de efectos muy contraproducentes. En el fondo, la película, contra el propósito de Yamamoto y de Ishikawa —director y argumentista— condenaba al capitalista y salvaba a su sistema, gracias al cual surgían una serie de fenómenos de productividad. La condena, por romántica, era inoperante y parcial.

«Becket», de Peter Glenville, en la sesión inicial, «La niña de luto», de Summers, «Los felices 60», de Camino, «La mujer en la jaula», de Grauman, y una serie de cortometrajes —entre los que «La gallina mal pintada», polaca, y «Eva sin tregua», francesa, se llevarían los premios— completaron el material exhibido en este Festival.

el festival de la esperanza

El balance ha sido, pues, bueno. Falló algo el Palmarés, cuyo tono de componenda diplomática —especialmente en la sección hispanoamericana— desdijo de la seriedad general. Falló también —progresivamente, a medida que aumentaba el interés del público— el acomodo de los periodistas, que teníamos que ir media hora antes para no vernos sin localidad. Pero, en lo sustancial, el Festival funcionó. Lo importante es que no haya sido un acto diplomático y que quede en la historia de nuestro cine como la afirmación de un criterio que se abre paso. Superar las contradicciones entre el Festival Internacional y algunos criterios vigentes en lo nacional es un gran programa para los doce meses que nos separan de la próxima cita de San Sebastián.

JOSE MONLEON

(Fotocolores SANCHEZ MARTINEZ, fotos en negro ALFREDO y SANCHEZ MARTINEZ)

LOS PREMIOS

CONCURSO INTERNACIONAL

GRAN CONCHA DE ORO

(a la mejor película de largo metraje)

"AMERICA, AMERICA", de Elia Kazan (U. S. A.)

CONCHA DE ORO

(a la mejor película de corto metraje)

"LA GALLINA MAL PINTADA", de Jiri Brdecka
(Checoslovaquia)

Mención especial: "Eva sin tregua", de P. Avson (Francia)

PREMIOS SAN SEBASTIAN

(a la mejor dirección de largo metraje)

MIGUEL PICAZO, por "La Tía Tula"

(a la mejor interpretación femenina)

AVA GARDNER, por "La noche de la Iguana" (U. S. A.)

(a la mejor interpretación masculina)

RICHARD ATTENBOROUGH, por "Al filo del abismo"

y

MAURICE BIRAUD, por "Las aventuras de Salavin"

CONCHA DE PLATA

(Premio Especial del Jurado)

"JOE KOLALOKA", de Oldrich Lipsky (Checoslovaquia)

CONCURSO HISPANOAMERICANO

PERLA DEL CANTABRICO

(largometraje)

"LA TIA TULA", de Miguel Picazo (España)

PERLA DEL CANTABRICO

(cortometraje)

"RAMON GOMEZ DE LA SERNA" (Argentina)

Interpretación femenina: a la actriz argentina Rosita Quintana, por "El octavo infierno"

Interpretación masculina: al actor José Suárez, por "La boda"

OTROS PREMIOS

CRITICA INTERNACIONAL (FIPRESCI): "América, América"

PREMIO DE LA O. C. I. C.: desierto

PREMIO CIRCULO ESCRITORES CINEMATOGRAFICOS: "Al filo del abismo"

PREMIO A LA COMERCIALIDAD: "Tom Jones"

DIPLOMAS EXTRAORDINARIOS: "Becket", "Tom Jones" y "Don Quijote"

PREMIO REVELACION: David del Campo, por "Tiburoneros"



SE VE,
SE MIRA...
Y SE ADMIRA

camisas y blusas



calidad homologada por



LA
SEDA
DE
BARCELONA,
S. A.